

EL TIGRE DE PAPIER

PEKIN está tratando de realizar un gran movimiento de depuración interior al que da el nombre de «revolución cultural». La llama de esta revolución es el pensamiento de Mao Sé-tung y la persona de Mao Sé-tung. En esta fiebre de resurrección, de re-mitificación, no podía pasarse por alto una efemérides significativa. Hace veinte años el presidente Mao concedía una entrevista a una americana —Ana Luisa Strong—. Hace veinte años los americanos eran dueños absolutos de la bomba atómica, que un año antes había probado trágicamente su eficacia sobre Hiroshima y Nagasaki. La señora Strong preguntó a Mao qué ocurriría en el caso de que los aviones de los Estados Unidos, partiendo de sus bases de Okinawa y de Islandia llegasen al corazón de la URSS y realizasen un bombardeo atómico del corazón soviético. Fue la respuesta de Mao: «La bomba atómica es un tigre de papel de la que se sirven los americanos para asustar a la gente. Tiene un aspecto terrible, pero, de hecho, no lo es. Desde luego, la bomba atómica puede causar una inmensa mortandad, pero es finalmente el pueblo quien decide el final de una guerra, y no una o dos armas nuevas. Todos los reaccionarios son tigres de papel». Es muy probable que jamás una metáfora haya influido tanto en la historia de la humanidad como ésta del «tigre de papel». La que le sirve de antecedente ha tenido menos fortuna: fue una frase de Lenin calificando al imperialismo de «gigante con los pies de barro». La discusión acerca de si la bomba y los reaccionarios son «tigres de papel» ha creado una cierta brecha en el movimiento comunista mundial. Y en nuestros días está sufriendo un trágico «test» en el Vietnam. No se trata allí aún de la bomba atómica, aunque sí de «una o dos armas nuevas», de todo el poder mecánico de los Estados Unidos enfrentado con la voluntad popular de los guerrilleros vietnamitas. Y, como tela de fondo, el «tigre de papel». La gran amenaza atómica de Estados Unidos sobre China, y la renovación china de la base ideológica de la guerrilla.

LA frase pronunciada ocasionalmente ante la periodista americana —que, por cierto, se convirtió después al marxismo-leninismo según las doctrinas de Mao, y es una anciana que vive hoy en Pekín y trabaja para la revolución— se ha convertido en una «verdad científica». Fue desarrollada más tarde ante el buró político del comité central. «Considerados en su esencia, desde el punto de vista del porvenir, desde el punto de vista estratégico, el imperialismo y todos los reaccionarios deben ser considerados solamente como lo que son: tigres

de papel. En ello se funda nuestro pensamiento estratégico. Por otra parte, son también tigres vivos, tigres de hierro, verdaderos tigres; se comen a los hombres. Y es ahí donde se funda nuestro pensamiento táctico» (1958). Este juego de táctica-estrategia forman en el pensamiento de Mao una «unidad dialéctica» que considera como la base de la guerra popular. En el pensamiento chino, la estrategia les es actualmente desfavorable —en proporción, dice Mao, de uno contra diez—; se trata de una inferioridad temporal que está compensada por una superioridad «de diez contra uno en el plano táctico». La idea de Mao de una guerra contra Estados Unidos que se plantease en estos momentos se basa en planes largos («la guerra popular es siempre una guerra de gran duración») que se inicie con una etapa de defensa frente a la superioridad estratégica del adversario, «en combates de decisión rápida en los que se alternen concentración y dispersión». Tras esta etapa defensiva en la que «el enemigo se inmoviliza» debe venir una contraofensiva en la que se transformen en «grandes victorias» las «pequeñas victorias» tácticas que se deben ir acumulando. «A medida que la guerra se alargue —decía Mao en mayo de 1938— conseguirá que los destacamentos de guerrilleros hayan recibido el entrenamiento y el temple necesarios, convirtiéndose poco a poco en unidades regulares, y de esta forma la guerra de partisanos se convertirá en guerra de maniobra». La condensación de esta idea de la guerra revolucionaria la da Mao en esta frase: «El enemigo avanza, nosotros retrocedemos; el enemigo se inmoviliza, nosotros le hostilizamos; el enemigo se agota, le golpeamos; el enemigo retrocede, nosotros le perseguimos».

SOBRE la justeza pasada de estas teorías hay poco que discutir. La revolución china, la «larga marcha», se hizo así. La guerra civil de Cuba, la guerra de independencia de Argelia, han sido ejemplos ilustrativos del valor de estas teorías. Para los españoles, hay escasa sorpresa en ello. Nos consideramos como los padres de la guerrilla. Juan Martín el Empeinado, el Cura Merino y algunos otros famosos jefes de partida y de guerrilla no fueron intelectuales ni pensadores, como lo es Mao; sin embargo aplicaron de una manera instintiva estos preceptos que Mao ha convertido en «verdad científica» y el gran ejército napoleónico con todas sus «armas modernas», con su Emperador a la cabeza y con importantes apoyos políticos de «colaboracionistas» en el interior sufrió la derrota conocida de nuestra «guerra popular». La duda de la justeza de

PAPEL

Mao Sé-tung durante el desfile conmemorativo de la «revolución cultural proletaria», junto a Lin Piao, de quien se dice que podría ser su sucesor.



Por
**EDUARDO
HARO
TEGLEN**

estas teorías aparece en el momento en que surge la bomba atómica. Marxistas-leninistas, los soviéticos no acaban de comprender la metáfora del «tigre de papel». «El imperialismo —dirá Krutchev— es un tigre de papel, pero tiene los dientes atómicos». A partir de esta realidad atómica, la URSS pone en pie una doctrina. Las guerras —dicen— no son inevitables. Entre el socialismo y el capitalismo hay una nueva «relación de fuerzas», de forma que se pueda llegar a la revolución «por otros medios», evitando la amenaza termonuclear, buscando la coexistencia pacífica que lleve a un «desarme general y completo». Para los chinos, para Mao, ésta es una forma de revisionismo. Las guerras siguen siendo inevitables «porque el capitalismo no ha cambiado de naturaleza»; si los imperialistas desencadenan la guerra serán superados por las masas populares «que se asegurarán un porvenir verdaderamente radiante», puesto que los «factores técnicos» no pueden superar el motor de la «guerra de clases»; la vía del socialismo está, por consiguiente, en las revoluciones violentas y no en la coexistencia pacífica.

LA duda de la validez de las teorías de Mao en la época nuclear se está resolviendo ahora en el Vietnam. Hasta el momento, la demostración del pensamiento de Mao se está realizando de una manera irreprochable. Una acumulación de armas mecánicas nuevas —toda clase de aviones, toneladas de bombas, napalm, gases táticos, helicópteros, cañones y morteros de los modelos más recientes, etcétera— se han ido acumulando en el pequeño territorio vietnamita. Su empleo se ha ido extendiendo. Ha llegado al Vietnam del Norte, donde todos los días la aviación destroza puentes, ferrocarriles, depósitos de carburantes, instalaciones portuarias. Todo ha sido, hasta ahora, inútil. La etapa de la «defensa estratégica» se va realizando puntualmente. La guerra se alarga; y los guerrilleros se van educando y se van convirtiendo en unidades regulares aptas para la guerra de maniobra. Recientemente se ha visto por primera vez un ataque de los hombres del Vietcong formando una división completa. Como fascinados por esta situación, los hombres del Pentágono —MacNamara y sus cerebros electrónicos— no pueden impedir ir comprometiendo cada vez más hombres en el combate con todas las dificultades que suponen su torpeza de movimientos en zonas pequeñas, el desconocimiento del terreno, la falta de moral de combate —son soldados del contingente que van contra su voluntad; y ahora se ha aprobado la posibilidad de llamar a las reservas— y el miedo mítico a una raza tildada de cruel por toda la literatura popular colonialista de los Esta-

dos Unidos. Se habla ya de una guerra de ocho años, de la necesidad de comprometer cerca de un millón de soldados de Estados Unidos en la lucha.

PERO la última prueba, la prueba definitiva, está sin hacer. Es la prueba de la bomba atómica. Desde el lado chino, esta nueva etapa se ve como inevitable. Todo el movimiento llamado de «revolución cultural» está tendiendo ahora a dar a China una mayor fuerza en su espina dorsal revolucionaria. El ejército se ha renovado, haciendo dimitir a los que pretendían alejarse del pensamiento de Mao y crear un «Ejército de carreta» y no un ejército político. En la Universidad se ha apartado a los «blandos», a los que se deslizaban poco a poco hacia las tesis de la coexistencia pacífica. Mao ha dado una prueba de dureza con su famoso baño en el río Amarillo, que se muestra ahora en todos los cines chinos y levanta oleadas de entusiasmo. No se trata solamente de una exhibición de salud y de vitalidad del patriarca, del padre Mao. Es un rito que se repite por cuarta vez. La primera travesía del río Amarillo la hizo Mao en 1956, cuando tenía sesenta y cinco años; la repitió un mes después pasando bajo el arco de un puente que se acababa de inaugurar. Hizo más tarde una tercera travesía. De la primera, dejó un poema: «En Wuhan he atravesado a nado el río Amarillo; he contemplado sobre mi cabeza la inmensidad del cielo. Tengo hoy tiempo de nadar. ¡Qué importa si sopla el viento, si me golpean las olas! Siempre es mejor que pasear en el patio de una granja. Confuzio ha dicho: las cosas pasan como pasa el agua del río, y no pasan jamás dos veces. Las velas de los navíos se estremecen en el viento. Las montañas de la Tortuga y la Serpiente están ahí, inmóviles. Allí va a desarrollarse nuestro plan gigantesco. Un puente va a extenderse del Sur al Norte, transformando los obstáculos del cielo en una ruta fácil. Reconstruiremos las orillas de piedra del río, detendremos las nubes y las lluvias de la montaña Wuchan hasta que un inmenso y apacible lago aparezca en medio de las montañas; y si el espíritu de la "Muchacha encantada" vive aún, estará sorprendido por los cambios del mundo». El baño es un rito; la inmersión en el viejo río, una prueba de fuerza...

LA posición de la Unión Soviética, sin embargo, no ha variado. El tigre de papel tiene los dientes atómicos; cuando comience a morder, la guerra puede ganarse o puede perderse; pero el daño infinito al pueblo, posiblemente al mundo entero, será tal que cualquier revolución posterior sería imposible. Es la raza humana la que puede quedar exterminada.

(Foto CIFRA)